

NATURALEZA Y OBJETO FINAL DE LOS ESTUDIOS

DISCURSO INAUGURAL
PRONUNCIADO

EN LA APERTURA DEL AÑO ESCOLAR

DE 1867

POR EL

M. R. P. FR. JOAQUÍN FONSECA, O.P.

DEL SAGRADO ORDEN DE PREDICADORES,
CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA, Y
VICE-RECTOR DE LA REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD
DE SANTO TOMÁS
DE MANILA.

MANILA

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTO TOMAS,
A CARGO DE D. BABIL SALÓ.

1867

Señores:

Al inaugurar solemnemente la apertura de los estudios académicos, que van á dar principio en esta Universidad y Colegios de su radio, justo es añadir alguna flor á la corona, que con tan noble emulación se han disputado los alumnos en la arena literaria, y que era debida á sus afanes en el certamen abierto á su aplicación y á sus talentos. Pláceme consignar con tal motivo el brillante resultado de los exámenes públicos en los diferentes Establecimientos de enseñanza, adheridos al distrito de esta Universidad, y la generosa competencia de profesores y de alumnos en secundar los designios de nuestra augusta Soberana, que con tan vivo interés consagra su real ánimo al mejoramiento social y religioso de estos pueblos.

Después de ofrecer este homenaje de amor y de gratitud á nuestra Reina por tan augusto beneficio, y de congratularnos, como es justo, en vista del impulso que se ha dado á la educación y á la enseñanza en estas Islas, debo llamar la atención de la numerosa juventud que me rodea, sobre la naturaleza y objeto final de los estudios que van á ser el blanco de su aplicación, constante, siempre ganosa de iniciarse en los secretos de la ciencia.

La juventud siempre avara de impresiones, de novedad y de placeres, es por lo común audaz y arriesgada en sus empresas. Hay en el alma del joven tal redundancia de vida, que no pudiendo contener su actividad en la reducida atmósfera que circuye su existencia, anhela desbordarse sobre el mundo, y dilatar sin medida su esfera de acción sobre la tierra. Vedle. En su mirada chispea la llama del genio. Su frente se dilata como henchida por el fuego de su inteligencia pensadora, y su corazón hirviente no cabe en el Universo desde los primeros albores de la vida. Es que presiente en su alma otros horizontes y otros mundos, y quiere lanzarse á ellos, cual incauto navegante, que osara marchar sin brújula en una mar sin orillas. La verdad, que es la suprema aspiración de su existencia, se desvanece á su vista en la región del infinito, donde errará eternamente su pensamiento perdido, si la antorcha de la revelación y de la ciencia no dirige su rumbo temerario.

Empero ¿cuál es el objeto de la ciencia? Vario como la hermosura, profundo como la mar, grande como el universo. Tended la vista sobre el mundo: remontaos á su origen: recorred la gran cadena de los seres que se eslabonan con lazo indisoluble para formar el gran todo: estudiad la naturaleza y los destinos de cada una de sus partes, y sólo habréis concebido de una manera confusa todo lo que constituye el dominio de la ciencia. Sería preciso detallar ese gran cuadro que se presenta á vuestra vista sin distinción y sin contornos, para comprender mejor el panorama de la creación y de sus leyes. Mas ¿quién podría abarcar con su mirada todas las existencias que se agitan en el gran laboratorio del tiempo y del espacio? El mundo ofrecerá

siempre al hombre la semblanza de un planeta, que, ocultando entre las sombras una parte de su disco, nos descubre solamente una sección luminosa.

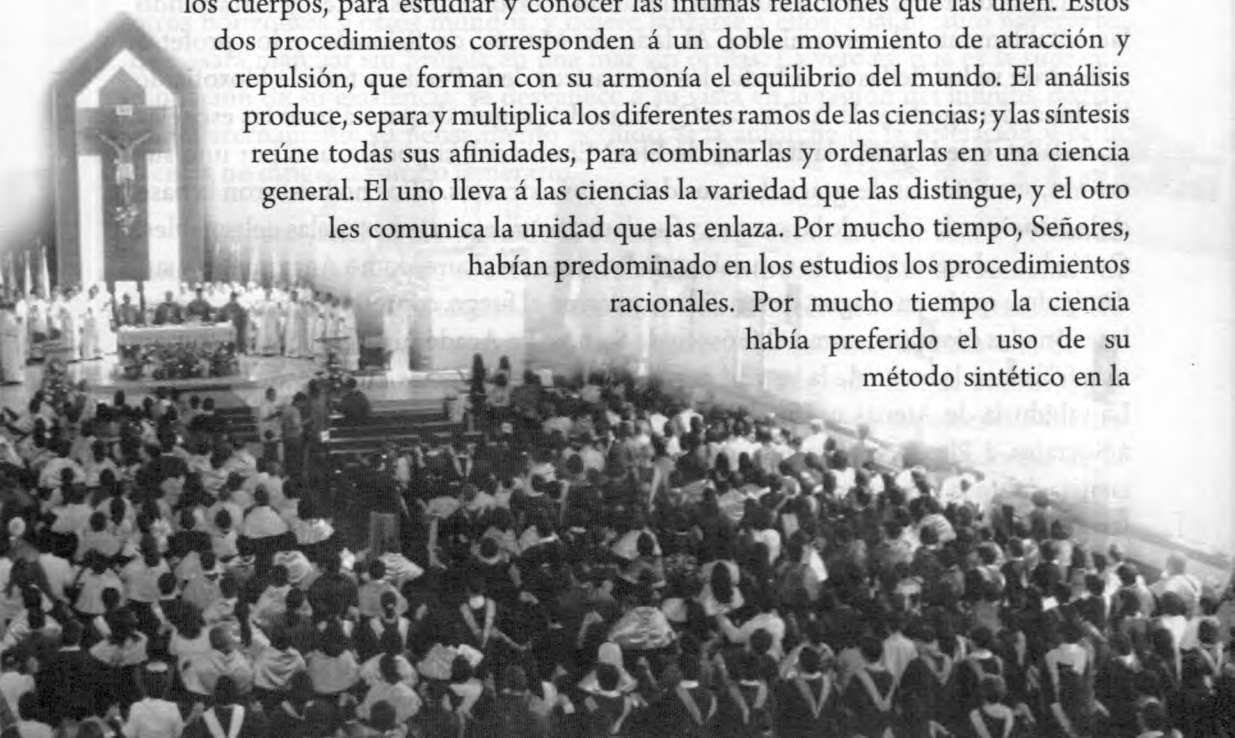
Mas, si aún no llegó para vosotros el momento de iniciaros en los arcanos profundos de la naturaleza y sus fenómenos, ya podréis entrever, por lo menos, el origen, progresos y vicisitudes de esa luz, que viene luchando tenazmente con las tinieblas del error desde el génesis del mundo. Cuando hayáis visto y comprendido el poder de la palabra; cuando hayáis encontrado en vuestras almas, y en los elementos primitivos del lenguaje, el secreto de dar una forma sensible al pensamiento, para transmitir vuestras ideas por medio de sonidos armoniosos que puedan fecundar la inteligencia, entonces principiará para vosotros el desarrollo de la vida intelectual, y el deber de espresar con propiedad vuestros conceptos. Así es como sabréis llevar al concurso de los hombres pensadores el pequeño contingente de vuestra capacidad, y apropiaros á la vez las riquezas del talento, que otros han acumulado en el templo de la ciencia. Mas, en la investigación de la verdad ejecuta una evolución el pensamiento, que no debemos jamás perder de vista, si no queremos extraviar nuestra razón. Como toda verdad viene de Dios, y vuelve á su seno finalmente por una condición de su existencia, la razón debe buscar su primer punto de partida en el conocimiento de Dios y de sus leyes.

Una vez apoderado el pensamiento cristiano de esta idea fundamental de toda ciencia, el conocimiento del mundo físico y moral se desprende fácilmente de su primera causa; y nos dá la razón de su existencia, desplegando á nuestra vista las grandes manifestaciones de la naturaleza y de la vida. Hé aquí porque solo un pueblo de la tierra estuvo en posesión de la verdad, desde el origen de los tiempos; mientras la razón pagana, desterrando de sí misma al Dios de la verdad y de las ciencias, se derramó por mil caminos, llevando el error á todas partes, y extraviando lamentablemente el pensamiento. Al lado de Moisés, de Salomón y los profetas eclipsáron se los Bedas de la India, los Zoroastros de la Persia, y toda la filosofía de la China, del Egipto y de la Grecia. ¿Quién podría seguir de paso á paso las escuelas materialistas de la Jonia, la Itálica y de Elea? Enumerad, si podéis, uno por uno sus errores, sus sistemas desgraciados, sus delirantes extravíos. Ellos no buscaron la base de la ciencia en la causa de las causas, y fundaron sobre arena sus escuelas deleznales. Quién buscaba el origen y la naturaleza de las cosas en el aire, como Anaximeno y sus discípulos; quién en el agua, como Tales; quién en el fuego, como Heráclito; quién en las mónadas cósmicas, como el filósofo de Samos. La Academia y el Liceo no fueron más felices en la lucha de la verdad con el error, que las demás escuelas de la Grecia. La sabiduría de Atenas no fue bastante á preservar de extravagancias y de errores á Sócrates, á Platón, ni al genio maravilloso de Estagira. En vano interrogaron á la ciencia sobre la naturaleza de los seres, su creación y sus destinos. Ellos no hallaron jamás solución satisfactoria á los problemas formidables que la razón les suscitaba á

cada paso sobre el origen del mundo, y sobre las propiedades generales de la materia y del espíritu. Perdiéronse en abstracciones y sistemas tenebrosos; porque la idea de Dios no irradiaba su doctrina, ni era la luz, ni la vida del pensamiento pagano.

Empero, cuando hubo llegado para el hombre la plenitud de los tiempos, y la *Verdad* se encarnó por inefable manera en el seno de una Virgen, tomando personalmente la naturaleza humana, la razón abrió sus ojos á la luz, y se manifestó al mundo toda verdad y toda ciencia. Ilustrada la razón, y fortalecida por la fe, que fecundó felizmente el pensamiento cristiano, halló espeditas desde entonces todas las vías del saber, sin peligro de extraviarse en las intrincadas sendas del error. Más; aún tuvo que luchar por mucho tiempo la revelación con la ignorancia. El paganismo de la *ciencia* resistía aún más tenazmente á la verdad, que el paganismo de la religión y de las leyes. Pero al fin desalojado de todas sus posiciones, tuvo que ceder el campo á la fuerza de la luz, que estendió por todas partes el imperio de la verdad sobre la tierra. La civilización, de entonces más, dejó de ser el patrimonio exclusivo de una raza; y fueron llamadas al banquete de la ciencia, como lo fueron al de la religión y de la gracia, la muchedumbre de los mares y la fortaleza de las gentes. Abrid el mapa del mundo, y veréis que do quiera el cristianismo atrajo sobre la tierra las bendiciones del cielo; do quier la idea de Dios se consideró como la base de toda civilización, y toda ciencia, la razón y el pensamiento hallaron el último criterio de su poderosa certidumbre, y pudieron marchar con paso firme á la conquista intelectual del universo.

Dos vías se presentaban al hombre pensador para obtener este triunfo: la síntesis general de los elementos primitivos que constituyen la naturaleza de los seres; y el análisis que observa, separa y descompone las partes constitutivas de los cuerpos, para estudiar y conocer las íntimas relaciones que las unen. Estos dos procedimientos corresponden á un doble movimiento de atracción y repulsión, que forman con su armonía el equilibrio del mundo. El análisis produce, separa y multiplica los diferentes ramos de las ciencias; y las síntesis reúne todas sus afinidades, para combinarlas y ordenarlas en una ciencia general. El uno lleva á las ciencias la variedad que las distingue, y el otro les comunica la unidad que las enlaza. Por mucho tiempo, Señores, habían predominado en los estudios los procedimientos racionales. Por mucho tiempo la ciencia había preferido el uso de su método sintético en la



investigación de la verdad, aunque sin prescindir completamente del análisis, con especialidad en el estudio de los fenómenos internos. Me atrevo á decir, empero, que este proceder científico no era un error de los tiempos, como se ha dicho alguna vez, y sí una ley del espíritu, que sólo ve en la observación y en la realidad del mundo externo un reflejo del mundo interior que la razón lleva en su seno. La inteligencia fecundada por las ideas generales, y por los tipos internos que germinaban en su mente al aspecto del mundo exterior que nos rodea, debía sentir desde luego la necesidad de recurrir á métodos racionales, para saber regularizar las operaciones del espíritu, y estudiar las leyes generales de ese mundo que se reflejaba en su conciencia.

Mas, cuando la razón hubo ensayado este método, aún no poseyó completamente la verdad. Era necesario que la ciencia, obedeciendo á la ley de su desarrollo progresivo, descendiese de la región de las ideas al estudio físico del mundo, para conocer las propiedades y la naturaleza de los seres por medio de la observación y del análisis. Entonces principió para la ciencia una nueva era de perfección y de progreso, y se abrieron á la inteligencia nuevos y dilatados horizontes, para llegar á la plena posesión de sus dominios. ¿Quién podrá detener á Bacon de Verulam en su carrera de gigante, y explicar la influencia poderosa que ejerció su Nuevo *Órgano* en esa revolución del pensamiento? Mas el impulso estaba dado desde más remotos tiempos, y otro Bacon, no menos célebre,¹ había conocido mucho antes la necesidad de la observación y la experiencia, para explotar el vasto campo de las ciencias naturales. Ni Descartes, ni Pascal, ni Galileo enseñaron ciertamente una novedad al mundo, cuando empujaron la ciencia por las vías de la inducción y de los hechos. La necesidad de interrogar á la experiencia y al análisis, la había comprendido Alberto Magno tres siglos antes que esa pléyade de Filósofos modernos. Consultad sus grandes obras sobre el estudio de la naturaleza y de la Física, y os convenceréis de esta verdad. Es indudable, sin embargo, que estaba reservado á nuestra edad un mayor desarrollo de las ciencias, y su aplicación á las necesidades de la vida, cuya progresión creciente estimula al estudio de los medios que conducen á satisfacerlas legalmente.

Sobre los goces materiales de la vida están las necesidades morales del espíritu. Una vez escitado en nuestras almas el instinto de la ciencia, el hombre necesita satisfacer este deseo que Dios ha depositado en el seno inmortal del pensamiento, y no descansa hasta entrar en la plena posesión de la verdad. Y aunque esto sólo sea dable, cuando la mente del hombre pueda contemplar sin velos á la *Verdad* por esencia, todavía gustaréis de penetrar en los arcanos de la naturaleza y de sus leyes. ¿Qué mayor placer para vosotros, que estudiar la creación en sus detalles, y calcular en cada una de sus obras, el número, el peso y la medida? Vosotros aprenderéis á sorprender el rayo en su formación misma; y á despojarle, si os place, de su fuerza destructora. Estudiaréis la naturaleza de la luz, y sus condiciones fotográficas; aunque

¹ Roger Bacon, ilustre Franciscano inglés, que floreció en el siglo XI¹¹.

nunca sabréis por qué caminos se esparce y se divide, en expresión de un libro santo. Del sol, como de su trono, la veréis lanzarse con la velocidad del pensamiento por las profundidades del espacio; bañar en sus resplandores á los cometas lejanos, y ceñirles generosa de cabelleras radiantes. ¿Quién podría contar uno por uno todos los orbes que nadan en sus ondas luminosas? Mas la luz no se circunscribe á recorrer las zonas más apartadas de los cielos. Ella cae también sobre nosotros, ora densa y recogida en haces resplandecientes; ora suelta y esparcida en rayos esplendorosos. Ella dá calor y vida á cuanto vive y se mueve en este globo que habitamos: y siendo simple é incolora, colora todos los cuerpos, matizando la creación con toda la riqueza de sus prismas.

El aire es otro elemento, cuyo dilatado seno encierra también grandes fenómenos dignos del estudio más profundo. Fluido, elástico, impalpable, semeja un mar sin orillas, donde la tierra se mece, como un bajel en las ondas. Como la luz, caprichoso, se esparce también, y se difunde por vías desconocidas é inconstantes. Ora gravita tenaz sobre la tierra, y la circuye con su peso; ora corre á todas partes, para dar aliento y vida á todos los seres animados; ora asiste diligente á la formación de los sonidos, para regalar al hombre con arrobadoras armonías. ¡Ay del navegante, empero, ay de la humanidad, ay de los pueblos, si se desatan sus iras, y ruge sobre nosotros la asoladora tempestad!

También será grato estudio el del origen y la naturaleza de las aguas. Elemento poderoso, que, ora se congrega en el abismo, para dejar en seco las montañas y los continentes de la tierra; ora se evapora por los aires, para condensarse finalmente, cayendo en lluvia benéfica, y llevando á todas partes la fertilidad y la abundancia. Entonces sabréis el origen de las fuentes, de los manantiales y los ríos: veréis que en eterno giro entran y salen del mar por diferentes caminos, y corren, y se retiran, y se avanzan, según las leyes eternas de la gravedad y el equilibrio.

Y ¿con qué placer visitaréis el nuevo templo que la ciencia ha construido sobre columnas de fuego, sostenidas por la fuerza de la electricidad y el magnetismo? ¿Quién podrá fijar el límite de esas fuerzas poderosas, cuyo dominio se extiende asta los polos del mundo? Los terremotos espantables, los meteoros siniestros, y las grandes convulsiones que agitan de tiempo en tiempo los senos profundos de la tierra tienen su razón de ser en esas energías formidables, que fermentan hondamente en las entrañas del mundo.

No se ceñirán vuestras tareas al estudio de las fuerzas, que obran en el gran laboratorio de la materia inorgánica. El reino animal, que así la ciencia denomina, os ofrece un campo ameno de conocimientos especiales, que deberéis cultivar con todo esmero. Escuchad, y Klein os enseñará á conversar con los cuadrúpedos, Adanson con las aves que se mecen en la región de los aires, y Yonston con los peces que pasean las profundidades de la mar. Buffon y el grande Cuvier os conducirán aun

más adelante, y os revelarán sus costumbres, sus pasiones, sus instintos, cruzando toda la tierra con pasos de gigante, desenterrando mil restos de seres desconocidos, y depositando sus trofeos en las aras de la ciencia. Y si de los estudios zoológicos dirigís una mirada al inmenso panorama del hermoso reino vegetal. ¿Quién no verá con placer la regia pompa con que viste y engalana la dilatada superficie de la tierra? Desde la gigante palmera de los Andes, hasta la blanca azucena del pensil; desde la oculta madrépora, que vegeta en el fondo del abismo, hasta el Deodara² colosal del Himalaya, la hermosa naturaleza os franqueará los tesoros de su vegetación y de su flora, cuyos límites traspasan el dominio de la ciencia.

El reino mineral es otro cuadro de esta vasta galería, que la naturaleza irá ofreciendo á vuestra observación y á vuestro estudio. La ciencia os revelará los secretos de todas las formaciones geognósticas, y sorprenderéis el origen de esas capas, que constituyen la corteza exterior de nuestro globo; bien así como las leyes que presiden á la formación laboriosa de sus rocas. Entonces veréis desaparecer en el abismo un Atlante pavoroso; mientras se eleva hasta el cielo un Himalaya sombrío, que alza su frente arrogante sobre todas las montañas de la tierra.

Mas no se limita tampoco vuestro estudio á la investigación ele los fenómenos que tienen lugar en este pequeño mundo que habitamos. Conocida ya la ciencia de la cantidad y la extensión, como propiedades generales de los cuerpos, es necesario salir del círculo terrestre que hemos trazado á la carrera, y lanzarnos en las profundidades del espacio, para medir las distancias, calcular los movimientos y determinar las masas de esos globos luminosos, que hacen sus evoluciones armoniosas en la región más apartada de los cielos. Desde la nebulosa *irreductible*, hasta el astro de primera magnitud, serán objeto de vuestra admiración y vuestro estudio, como lo fueron para siempre de la observación y de la ciencia. Entonces os convenceréis, que, si Copérnico tuvo bastante osadía para dislocar el mundo, y cambiar radicalmente el sistema central de Tolomeo, tal vez esté reservado á otro pensador profundo, el pronunciar la última palabra de la ciencia, sobre el verdadero centro del sistema planetario.³

El hombre, empero, no debe contentarse con estudiar la creación y el mundo exterior que le rodea. Tiene un deber especial de conocerse á sí mismo, y de estudiar las condiciones físicas y morales de su ser, ora en la Filosofía, ora en la historia. Como hombre, como parte de la sociedad, como cristiano debe conocer su origen, su desarrollo social y sus destinos. Cuánta grandeza, cuánta nada, cuánto poder, cuánta miseria yacen con la humanidad en el sepulcro de los siglos!!! Nada encierra para el joven enseñanzas más profundas, que el movimiento social y la vida de los pueblos. El

² *Pinus Deodwara*, que traducido del Sanscrito significa «madera de construction de los dioses.» *Humboldt*.

³ Se está observando actualmente en Alemania una reacción intelectual en favor del sistema Tolomaico, y astrónomos de gran talla dicen á la faz del mundo, que es el verdadero plan del Criador en la formación del universo.

estudio de las lenguas será el lazo que os una con su historia, y el vínculo más precioso de la fraternidad universal. Todos sabemos el poder y la necesidad de la palabra para la comunicación del pensamiento; y si aprendéis á vestirla con las galas de la poesía y la elocuencia, extenderéis igualmente su reinado al corazón y al sentimiento.

Añadid á esa comunión social de los hombres y los pueblos el conocimiento de sus necesidades materiales para saber apreciar sus transacciones, y la ciencia del comercio surgirá, naturalmente del estudio geográfico y estadístico del mundo. Mas el desarrollo de la industria supone además un conocimiento profundo del trabajo, y de su influencia poderosa en la riqueza de los pueblos. La economía política os dará la razón de esos fenómenos estragos que suele producir en la sociedad de tiempo en tiempo la mala organización de los elementos productores, y sabréis por este medio, que sólo la caridad puede atajar los estragos espantosos de ese cáncer formidable, que se llama el pauperismo de los pueblos industriales. Entonces sabréis perfectamente que la generosidad cristiana de los ricos, y el sufrimiento magnánimo del pobre son las verdaderas bases de toda ciencia económica, y sólo ellas podrán restituir al mundo la armonía que han venido á perturbar profundamente los intereses encontrados.

Mas ni el comercio ni la industria, ilustrados por las teorías económicas, podrían recibir el desarrollo conveniente, sin la ciencia del agrónomo. El examen de la roturación y del cultivo; el conocimiento general de los terrenos más aptos para determinadas producciones; el uso ilustrado de los medios y aparatos que dan mejor resultado en la labranza; los métodos y procedimientos más sencillos para cada operación agrícola; la manera de organizar granjas y establecimientos de esta especie que sirvan de modelo al propietario; los medios de fomentar igualmente la riqueza pecuaria, y cuanto ayude á facilitar el desarrollo de los productos agrícolas, ha de ser objeto de la observación y del estudio, si os dedicáis á fomentar por estas vías vuestros intereses materiales.

Incompleto, sin embargo, sería después de todo, nuestro estudio, si, agrupando nuestros conocimientos en derredor de un centro luminoso, no buscáramos el lazo que une todas las ideas en un sólo pensamiento. Sí, Señores: dije antes, que nuestro estudio debe principiar por la enseñanza de la primera *Verdad*; y ahora añado también, que ahí deben terminar nuestras tareas. La investigación de la verdad es no más que una evolución del pensamiento; y pues Dios es el alfa y la omega de sus obras, *Él* debe ser igualmente el principio y el fin de nuestra ciencia. *Él* debe aparecer en primer término en el fondo interior de la razon y debe cerrar al mismo tiempo el cuadro de toda ciencia sin confundirlo jamás con ese mundo pasmoso, que *Él* ha fabricado con su mano para escabel de sus plantas. Fuéranos dado también el consagrarle desde hoy nuestro corazón y nuestro amor, para que la verdad no nos acuse en el gran día de Dios!!!

He dicho.